

RÉPLICA A “LOS SENTIMIENTOS Y EL DEBER EN LA FILOSOFÍA PRÁCTICA DE KANT” DE EDUARDO CHARPENEL ELORDUY

Juan Carlos Mansur

Instituto Tecnológico Autónomo de México

jcmansur@itam.mx

Resumen

Este escrito muestra el importante lugar que tiene la felicidad en el pensamiento de Emmanuel Kant y aclara que la felicidad y la virtud constituyen el bien supremo, pues todo hombre busca ser feliz a la vez que moralmente bueno. Por otro lado, este escrito explica las razones por las cuales la felicidad no es el fundamento de la moral y sin embargo debe acompañar toda acción moral, pues lo importante es obrar con placer, y no por placer.

Palabras clave: Moral, Kant, Felicidad, Placer, Bien

Abstract

This paper shows the important place that happiness has in Emmanuel Kant's thought, and reminds that happiness, as well as, virtue, conforms the supreme good for the German philosopher: every man seeks happiness as well as moral good. On the other side, this article explains the reasons why happiness is not the basis of moral, nevertheless it must join each moral action, since the most important thing is to act with pleasure and not for pleasure.

Keywords: Moral, Kant, Happiness, Pleasure, Good

Preguntar por la afectividad en la ética de Kant es pertinente y justificado. Tradicionalmente escuchamos hablar de la moral kantiana como la moral que destierra la afectividad dentro de las acciones humanas, para quedarse únicamente con una moral del deber. Probablemente el propio Kant sea responsable de que su ética sea leída de esa manera y, sin embargo, hay suficiente material en su obra que nos permite ver que también existe el componente de la felicidad en su ética: “Ser feliz es necesariamente el deseo de todo ser racional, pero finito, y por ello un fundamento determinante inevitable de su facultad de desear”, dice Kant. (*KprV*, 45/25). La lectura que me precede ha dado ya suficientes razones que aclaren qué papel juega la afectividad en la ética kantiana y las presentes líneas no ampliarán mucho más lo que ha sido expuesto. Los comentarios que aquí se expongan buscan abrir el campo de discusión de la ética de Kant y establecer el diálogo y reflexión en torno a la problemática que nos presenta el filósofo.

El artículo que replico tiene la virtud de señalar, de forma clara, dos aspectos de la afectividad en la ética kantiana: por un lado, el tema del papel que juega la afectividad —concretamente la felicidad—, en las decisiones morales y su legitimidad ética, y en segundo lugar, un tema poco estudiado, la necesidad de la emoción o afectividad en nuestras acciones morales. Estos puntos están dentro de dos grandes temas que envuelven la ética kantiana, a saber: la búsqueda del bien supremo, y el papel del amor en las decisiones morales. Expongo una breve reflexión sobre ambos planteamientos.

Me parece que la primera idea con la que se debe iniciar este comentario es que la discusión que nos reúne hoy, la relación del bien y la felicidad, es una discusión que estaba ya contemplada y prevista por el propio Kant; pues él mismo afirma que la búsqueda del bien supremo (que constituye la reunión de la felicidad y la virtud), se nos presenta como una dialéctica inevitable, pues no es clara la forma en que la felicidad y la virtud se encuentren reunidas. Así, aunque es cierto que “... virtud y felicidad constituyen conjuntamente para una persona la posesión del bien supremo...” (*KprV*, 199/110) y que todo hombre quiere llegar al bien supremo, en el cual se identifiquen

tanto virtud como felicidad. No es claro que la felicidad conlleve necesariamente un bien, ni que el bien conlleve necesariamente una felicidad; es decir, la búsqueda del bien supremo genera una dialéctica y una discusión en el ser humano. ¿Quién de nosotros no quiere ser feliz? Todos queremos serlo. ¿Quién de nosotros aceptaría serlo a costa del bien de otras personas, o a costa de perder nuestra dignidad de seres humanos, de nuestra libertad y nuestra razón? Así, sería un error decir que para Kant no hay lugar para la felicidad en su ética. La pregunta es cómo entra ésta en nuestras decisiones de vida y nuestro proyecto de vivirla.

Para aclarar esta confusión, Kant propone atender a la distinción entre *gute* (bueno) y *wohl* (satisfacción) que tiene la lengua alemana, y afirma: “Afortunadamente, la lengua alemana tiene expresiones que no dejan escapar esta diferencia. Para designar lo que los latinos expresan con una sola palabra, *bonum*, tiene dos conceptos muy diferentes y otras tantas distintas expresiones. Para *bonum* tiene *gute* y *wohl*: para *malum*, *böse*, *übel* (o *web*); así pues, son dos juicios totalmente distintos si en una acción consideramos el *gute* y el *böse* de ésta, o bien nuestro *wohl* y nuestro *web* (*übel*). De aquí se sigue que la proposición psicológica citada es por lo menos muy incierta si se traduce así: no deseamos nada si no es en referencia a nuestro *wohl* y a nuestro *web*; en cambio, es indudablemente cierta y expresada con toda claridad, si se interpreta así: no deseamos nada, siguiendo la indicación de la razón, sino en cuanto lo tenemos por bueno (*gut*) o malo (*böse*)” (*KprV*, 104-105/59-60). Así, el hombre necesita ciertamente de la razón, según la disposición que la naturaleza ha puesto en él, para tener presente siempre su bien (*wohl*) y su mal (*web*), pero tiene la razón para un fin superior, a saber, no solo para reflexionar sobre lo que en sí es bueno (*gut*) o malo (*böse*), y de lo cual solo puede juzgar la razón pura, no interesada sensiblemente, sino para | distinguir totalmente este juicio de aquel otro y hacerlo la condición suprema de aquél” (*KprV*, 108-109/61-62).

Lo anterior hace ver que en nuestra naturaleza la razón buscará ser feliz, a la vez que ser buena. El hombre, de hecho, tiene el imperativo de ser feliz, pues nadie se plantea si quiere serlo o no, (*Grundlegung*, 416). Todo hombre quiere ser feliz y en esto hay una universalidad,

pero nunca se podrá universalizar tal felicidad, porque cada quien tiene su forma particular de ser feliz (*Grundelgung*, 418). La felicidad está ligada a la *espontaneidad*, puesto que no existe una ley, una obligación de que sea algo deleitable; es decir, no se puede considerar universal, pues esta tarea “tendría que contener en todos los casos y para todos los seres racionales precisamente el mismo fundamento de determinación de la voluntad” (*KprV*, 46). Una técnica de la felicidad en nuestra vida es imposible por la cantidad de particularidades de casos que encierra una situación cotidiana, además de que cada quien pone en particulares puntos su felicidad. En todo caso, se tratarán de leyes subjetivamente necesarias y por lo mismo muy contingentes.¹

La causa de esta incertidumbre y separación es que todos los elementos de los conceptos de la felicidad son empíricos y se derivan de la experiencia, de ahí que no se pueda hacer una universalización de la felicidad. Ni siquiera es posible que un hombre pueda por sí mismo definir para sí en qué consiste ella.

No encontrar en la felicidad un fundamento suficiente para universalizar una ética parecería suficiente razón para no considerarla como motivo de la ética: sin embargo Kant da una razón que resulta ser de gran peso. No saber qué es lo que nos hace felices obedece a nuestra naturaleza finita, pues la felicidad corresponde al cumplimiento de lo que nuestra imaginación propone, procede del deseo de que nos vaya bien en la vida: ¿En qué terreno se halla entonces la felicidad? La felicidad se halla, según Kant, dentro del *terreno del ideal de la imaginación*, y afirma: “la felicidad no es un ideal de la razón sino de la imaginación, que descansa en meros fundamentos empíricos, de los cuales en vano se esperará que hayan de determinar una acción por la cual se alcance la totalidad de una serie, en realidad infinita, de consecuencias” (*Grundelgung*, 418). Y el placer que nos proporciona la felicidad surge de ver cumplida una idea que se había formulado el hombre en su imaginación (*KprV*, 40).

El desarrollo de Kant no se queda en este punto, sino que intenta llegar hasta las raíces antropológicas del problema. El placer

1 “En qué haya de poner cada cual su felicidad, es cosa que depende del sentimiento particular de placer y dolor de cada uno, e incluso en uno y el mismo sujeto, según los cambios de ese sentimiento.” (*KprV*, 46)

está relacionado con el cumplimiento de la existencia de un objeto y éste brota de la representación hecha con motivo de la facultad de desear, la cual actúa y busca cumplir su deseo debido a su finitud. Si no hubiera finitud, no habría deseo de cumplir algo, sino que habría satisfacción y cumplimiento. La felicidad, dice Kant, “es necesariamente el anhelo de todo ser racional, pero finito” (*KprV*, 45). Incluso, la felicidad es “el fundamento de determinación de su facultad de desear” (*KprV*, 45), pues, según Kant, la satisfacción del hombre, con toda su existencia, no es algo que posee de suyo, sino que es un problema que le ha planteado su naturaleza finita, en tanto que no se puede bastar a sí misma, sino porque tiene necesidades que desearía remediar y por eso imagina cómo podría ser feliz. Por eso dice: “La felicidad es el estado de un ser racional en el mundo a quien, en el conjunto de su existencia, *todo le va según su deseo y su voluntad*, y por lo tanto se funda sobre la concordancia de la naturaleza con el fin total perseguido por ese ser y con el fundamento determinante esencial de su voluntad” (*KprV*, 225/125), pero este deseo legítimo de ser feliz se verá limitado por nuestra incapacidad humana de ordenar el mundo a nuestro acomodo, como lo dice Kant: “... es imposible que un ente, el más perspicaz posible y al mismo tiempo el más poderoso, si es finito, se haga un concepto determinado de lo que propiamente quiere en este punto”.²

Para poder saber qué es lo que nos haría felices supondría que tuviéramos un conocimiento de cómo se dará el acontecimiento de las cosas, pero no tenemos tal inteligencia, ni tal certeza de cómo se sucederán y concatenarán todos los hechos, para que nosotros podamos ajustar el mundo a lo que nosotros deseamos. En palabras de Kant: “En suma, nadie es capaz de determinar, por un principio,

2 La cita continúa de la siguiente forma: “¿quiere riqueza? ¿Cuántos cuidados, cuánta envidia, cuántas asechanzas no podrá atraerse con ella! ¿Quiere conocimiento y saber? Pero quizá esto no haga sino darle una visión más aguda, que le mostrará más terribles aún los males que están ahora ocultos para él y que no puede evitar, o impondrá a sus deseos, que ya bastante le den que hacer, nuevas y más ardientes necesidades. ¿Quiere una larga vida? ¿Quién le asegura que no ha de ser una larga miseria? ¿Quiere al menos tener salud? Pero, ¿no ha sucedido muchas veces que la flaqueza del cuerpo le ha evitado caer en excesos que hubiera cometido de tener una salud perfecta? Etc., etc.” (*Grundlegung*, 418)

con plena certeza, qué sea lo que le haría verdaderamente feliz, porque para tal determinación fuera indispensable tener omnisciencia” (*Grundlegung*, 418). Esto lleva a afirmar que para ser feliz es imposible obrar por principios determinados. No existe una fórmula para la felicidad, a lo más podremos seguir consejos, como consejos de dieta, de ahorro, de cortesía, de comedimiento, dice Kant, y aquí la maestra es solo la experiencia.³ Por otro lado, Kant define la felicidad como “aquella disposición en la que a uno le va siempre como quiere”. Pero nadie tiene un conocimiento cierto de que las cosas que uno haga le van a generar a corto, mediano o largo plazo la felicidad. Cuántas veces no hace algo alguien pensando que le va a ir bien, y buscando que le vaya a uno bien y lo único que logra es que le vaya mal. Razón por la cual, la felicidad no puede ser el motivo moral, si verdaderamente queremos hacer al hombre feliz.

Así, un imperativo de la sagacidad no puede mandar o exponer objetivamente ciertas acciones como necesarias prácticamente. Se trata de consejos (*concilia*) y no de mandatos (*procepta*) de la razón. No hay fórmula para la felicidad y un imperativo “determinar con seguridad y universalidad qué acción fomente la felicidad de un ser racional” es algo que carece de solución y, bajo esta luz, es imposible que se formule como un imperativo. Nadie nos puede ordenar ser feliz.

Una tercera razón por la cual Kant es tan cauto en no aceptar la felicidad dentro de su sistema moral radica en la preocupación del filósofo por resaltar a la dignidad humana. Sabemos que en los planteamientos éticos entran en juego —además de la felicidad—, los principios de la libertad, de la perfección del hombre y de su fin último y que varios de estos puntos son abordados por Kant desde los

3 En suma: nadie es capaz de determinar, por un principio, con plena certeza, qué sea lo que le haría verdaderamente feliz, porque para tal determinación fuera indispensable tener omnisciencia. Así, pues, para ser feliz, no cabe obrar por principios determinados, sino solo por consejos empíricos: por ejemplo, de dieta, de ahorro, de cortesía, de comedimiento, etc.; la experiencia enseña que estos consejos son los que mejor fomentan, por término medio, el bienestar. De donde resulta que los imperativos de la sagacidad, hablando exactamente, no pueden mandar, esto es, exponer objetivamente ciertas acciones como necesarias prácticamente; hay que considerarlos más bien como consejos (*concilia*) que como mandatos (*procepta* de la razón).” (*Grundlegung*, 418)

cuestionamientos metafísicos y de la filosofía de la naturaleza, a partir de los cuales se comprende que su propósito es otorgar libertad al individuo y elevar sus acciones por encima de actos condicionados e instintivos. Esta postura se aleja de los planteamientos hedonistas que corren el riesgo de reducir al hombre a un mero sujeto de estímulos y con ello a un ser manipulable y sin dignidad. De ahí que Kant afirme que “[e]l concepto de libertad es la piedra con la que chocan todos los *empiristas*, pero también es la clave de los principios prácticos más sublimes para los *moralistas críticos*, que por ello comprenden que deben proceder de modo *racional*” (*KprV*, 13/7-8).

Preocupado por la dignidad al hombre, Kant afirma que el ser humano se mueve también por actos libres y autónomos y no solo por actos mecánicos o condicionados. De hecho, el hombre tiene una naturaleza distinta más allá de la física y, por tanto, no operan en él únicamente las leyes naturales, sino las leyes morales. O, en palabras de Kant: “la diferencia entre las leyes de una naturaleza a la cual está *sometida la voluntad* y las de una *naturaleza que está sometida a una voluntad* (en consideración de aquello que tiene relación con sus libres acciones).⁴ Optar por la felicidad como principio de la moralidad equivaldría a suponer en el hombre únicamente acciones instintivas: “Cada cosa, en la naturaleza, actúa según leyes. Solo un ser racional posee la facultad de obrar por la representación de las leyes, esto es, por principios; posee una voluntad. Como para derivar las acciones de las leyes se exige razón, resulta que la voluntad no es otra cosa que razón práctica”.⁵

Así, reducir la ética y nuestras decisiones morales al placer, equivaldría reducir al hombre a un ser de pulsiones instintivas, y con él se

4 “Der Unterschied also zwischen den Gesetzen einer Natur, welcher der Wille unterworfen ist, und einer Natur, die einem Willen (in Ansehung dessen, was Beziehung desselben) auf seine freien Handlungen hat) unterworfen ist, beruht darauf, dass bei jener die Objekten sein soll, so dass die Kausalität derselben ihren Bestimmungsgrund lediglich in reinem Vernunftvermögen liegen hat, welches deshalb auch eine reine praktische Vernunft genannt werden kann.” (*KprV*, 77)

5 “Ein jedes Ding der Natur wirkt nach Gesetzen. Nur ein vernünftiges Wesen hat das Vermögen, nach der Vorstellung der Gesetze, d.i. nach Prinzipien zu handeln, oder einen Willen”. (*Grundlegung*, 412)

vería afectada la posibilidad de hablar del hombre como un ser libre, en tanto que la libertad es un principio de autodeterminación y en el caso de la búsqueda de la felicidad, la determinación no está dada por nosotros, sino por lo que buscamos en el exterior.

Pero hay que estar prevenidos y no considerar que para Kant la felicidad no sea importante en la vida del ser humano. Simplemente, ella no es el criterio de la moralidad de los actos. El criterio de la moralidad, lo que le da forma a la moral, no puede ser un elemento ajeno a nuestros propios actos morales. En este sentido la exposición que hace Charpenel me parece correcta. La fuente de la moralidad no es la felicidad. ¿Y dónde se encuentra entonces la fuente de la moralidad? Para Kant, ésta se encuentra en la autonomía del agente, en un acto que le dicta no cómo es el ser humano sino cómo debe de ser. De esta manera, Kant se empareja con la postura clásica de la ética que afirma que la ética no es la ciencia de lo que es el hombre, sino de cómo debe de ser y actuar el hombre, pero no solo eso: también se aprecia una relación con la ética de Santo Tomás de Aquino, quien afirma que, dentro del acto moral, la intencionalidad es la que le da la forma a la acción moral: "...Pero este acto interior de la voluntad tiene valor de forma respecto de la materia del acto exterior, pues la voluntad usa de los miembros corporales como de instrumentos para obrar, y los mismos actos exteriores no tienen valor moral sino en cuanto son voluntarios. En consecuencia, la especie del acto humano se considera formalmente la que deriva del fin, y materialmente la que viene del objeto exterior" (*STh.* Ia. IIae. Q.18, a.6).

La anterior cita resulta en algo equiparable a la siguiente cita de Kant: "y además la felicidad en exacta proporción con la moralidad (como valor de la persona y su dignidad para ser feliz) constituyen el *supremo bien* de un mundo posible. Este bien significa el bien completo, perfecto, en el cual, sin embargo, la virtud es el bien más elevado, puesto que es una condición que no tiene ninguna condición sobre sí; la felicidad, en cambio, al tener siempre algo de agradable para quien la posee, no es por sí sola absolutamente buena en todos los sentidos, sino que siempre presupone, como su condición, la conducta moral conforme a la ley" (*KprV*, 199/110).

Así, queda expuesto por qué la felicidad no constituye propiamente la moralidad y por qué virtud y felicidad son diferentes. “Pero —dice Kant—, esta *diferencia* entre el principio de la felicidad y el de la moralidad no es por ello sin más una *oposición* entre ambos, y la razón pura práctica no ordena que se *renuncie* a toda pretensión de felicidad, sino solamente que, cuando se trata del deber, *no se tenga en consideración* la felicidad. Bajo cierto aspecto puede ser incluso un deber el procurar la propia felicidad; ya sea porque la felicidad (y éste es el caso al que pertenecen la lucidez, la salud, la riqueza) contiene los medios para cumplir el propio deber, ya sea porque la falta de felicidad | (por ejemplo, la pobreza) encierra tentación de transgredir el deber” (*KprV*, 166-167/93).

Así, no es que no se quiera ser feliz, sino que el proponer como principio moral el ser feliz y la búsqueda de la felicidad terminaría, por un lado, en llevar al hombre a perder su dignidad, por acercarlo a meros movimientos instintivos, en los que se busca un beneficio a cambio de perder al hombre y, por otro, a caer en la frustración y el sinsentido al no poder tener todos los medios para conocer lo que lo hará feliz en esta vida; advertencia que ya había hecho Aristóteles, quien reconoce que frente al embate del destino no podemos hacer nada como seres limitados que somos, y frente a esto lo único que cabe es la virtud.

Pero esto no quiere decir que debemos suprimir el placer en nuestra vida, y eso lo señala de una forma correcta el Mtro. Charpenel, ni siquiera en nuestra vida moral. Kant da un espacio bastante amplio a la felicidad en sus estudios, por un lado, para explicar que todo hombre quiere ser feliz y que eso se logra —en cierta medida—, gracias a los preceptos prácticos. Esto es, a las reglas de la habilidad y la sagacidad y, por otro lado, para aclarar el lugar que ocupa en el campo de la ética, donde tienen que imperar la razón y el amor. Este amor del que habla Kant no es un amor patológicamente condicionado, sino un amor práctico, que nos invita a obrar moralmente con gusto. Al respecto dice Kant: “Es solo el *amor práctico* el que se refiere ese núcleo de todas las leyes. En este sentido, amar a Dios quiere decir ejecutar *gustosamente* sus mandatos; amar al prójimo quiere decir poner en práctica *gustosamente* todos los deberes hacia él” (*KprV*, 148/83) pero, no es prudente extender más este artículo.

Se puede decir que la ética de Kant permite los afectos en el actuar moral, aunque no considera que la fuente de legitimidad sea el placer ni el afecto, ni siquiera la felicidad, Kant propondría una diferencia entre lo que sería el obrar *por* placer y el obrar *con* placer. El primero es reprobado por Kant como fundamento de la moral, aunque no como finalidad última del ser humano, y el segundo es aceptado por él y sería ideal que apareciera en todo acto moral.

BIBLIOGRAFÍA:

- AQUINO, Santo Tomás. *Suma teológica (5 tomos)*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- KANT, Immanuel. 1785. *Grundelgung zur Metaphysil der Sitten*, Meiner Verlag, 1999.
- KANT, Immanuel. 1788. *Kritik der praktische Vernunft*, Meiner Verlag, 2003.